

843  
9



PQ2450  
T2  
A3

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.  
Queda hecho el depósito  
que exige la ley.

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. N. C. P. R.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

PRIMERA PARTE

—Lorenzo, siéntate ahí, cerca de la chimenea; estate calladito y con juicio, y podrás ver entrar á toda la gente sin perturbar el servicio del vestuario.

El niño á quien se dirigía esta recomendación se hallaba de pie en el hueco de una puerta de dos hojas, desde donde asomaba su curioso rostro hacia la meseta de la escalera bañada de luz.

Alzó los hombros con un movimiento de rebelde desagrado, y se acercó muy despacio á embutirse en el escondce que se le había señalado.

Era un mocito de nueve años, de cara viva é inteligente, coronada por espesa cabellera castaña oscura, y animada por dos ojos negros límpidos, chispeantes y rasgados.

La persona que le había recomendado silencio y juicio, era su tía, la señorita Sofía Husson, maestra costurera de Juvigny.

De mediana estatura, pero bien configurada, había ya pasado de las treinta primaveras, y aunque hermosa todavía, parecía haber renunciado á todo género de pretensiones. Su modesto vestido de tela negra con delantal del mismo color, sus cabellos castaños, aplastados hacia las sienes y medio ocultos bajo una gorrita de lienzo, daban cierto carácter de austeridad á su dulce y melancólico rostro. Sus ojos, muy vivos y brillantes, estaban casi constantemente velados por largas pestañas inclinadas, lo cual completaba el tinte de devoción y de voluntario abandono que se extendía sobre su rostro.

En pié, delante de la chimenea encendida, ayudaba á una camarista á preparar las cartulinas numeradas, destinadas á señalar las prendas y efectos depositados en el guarda-ropa.

Entretanto, oíase bajo la bóveda del hotel el rodar de los carruajes que iban conduciendo á los convidados.

Porque había baile en casa del prefecto de Juvigny-en-Barrois, y no así como quiera, sino baile de trajes; un verdadero acontecimiento en aquella pequeña población, donde eran harto raras las diversiones. Así es que, desde hacía un mes, puede decirse que estaba en conmoción todo Juvigny, y las pa-

rroquianas distinguidas de la modista-costurera habían rogado á la señorita Husson no dejase de encontrarse en el vestuario la noche de la fiesta, á fin de dar el último vistazo y el postrer toque de mano artística á sus trajes, sigilosa y misteriosamente elaborados. Venciendo su timidez y sus escrúpulos de devota, la señorita Sofía se había prestado á tales ruegos y hasta había llevado consigo á su sobrino, que ardía en curiosos deseos de ver los disfraces, y á quien se le había prometido desde quince días antes asistir á aquel espectáculo, á título de recompensa por su aplicación al estudio.

De minuto en minuto, oíase el crugir de las faldas de seda arrastrando por la ancha escalera, y las parejas iban entrando en el vestuario, cuya atmósfera se hallaba perfumada por los olores de verbena y de polvo de lirio de Florencia.

Las damas en raban arropadas en sus capuchones, boas ó pelisas, y los hombres embozados á la española en amplias capas negras, á la sazón en moda.

Cada cual iba dejando caer rápidamente su oscura prenda de abrigo en manos de la camarista, y uno tras otro, cual mariposas saliendo de la crisálida, aparecían los invitados ante los asombrados ojos de Lorenzo en todo el esplendor de sus atavíos y trajes multicolores.

Aunque corría el año 1845, resentíanse la mayor parte de aquellos trajes de la influencia del roman-

ticismo de 1830. Así es que se veían sucederse y co-  
dearse en el vestuario, que resultaba demasiado redu-  
cido en sus proporciones, duquesas del siglo XV,  
remedando la vestimenta de Ana de Bretaña, caba-  
lleros con jubones de terciopelo recamados de plata-  
altivos albaneses, Esmeraldas y andaluzas sobrecar-  
gadas de blondas, y todo aquel conjunto abigarrado  
cuchicheaba, sonreía, daba pequeños gritos de admi-  
ración, y hacía muecas y pantomimas delante del  
gran armario de espejo.

Los hombres, funcionarios públicos ó propietarios  
rurales en su mayoría, parecían algun tanto embara-  
zados y cohibidos dentro de aquellos vestidos tan poco  
familiares, y más de uno, intimidado por el ajustado  
calzón de punto que ponía de relieve hasta medio  
muslo los flacos contornos de sus largas piernas,  
echaba de menos para sus adentros la protectora  
cubierta del pantalón negro.

Por el contrario, las mujeres, más acomodaticias,  
más desenvueltas y mejor dotadas bajo el punto de  
vista del atractivo, del donaire y del talento de imi-  
tación, desempeñaban su papel con una superioridad  
indiscutible. Luciendo sus disfraces con graciosa sol-  
tura, parecían satisfechas y ganosas de exhibir las  
altas peinetas de concha, las antiguas blondas car-  
mesíes, y los maravillosos rasos rameados rebuscados  
en los armarios de sus abuelas. Deteníanse largo rato  
ante el espejo, dando golpecitos con el abanico sobre

las faldas, arreglando un bucle rebelde, paseando la  
extremidad de sus dedos enguantados entre el guar-  
necido de tul del corpiño y el desnudo pecho, y lue-  
go deslizábanse las parejas, á modo de apariciones, á  
lo largo de la próxima galería y desaparecían en el  
salon de baile, cuyas puertas, abiertas de par en par,  
enviaban al vestuario sonoras oleadas de música, ora  
brillante, ora atenuada por el ruido y la distancia.

Acurrucado en su rincón y con los ojos desmesura-  
damente abiertos, contenía el niño la respiración para  
mejor ver y admirar. Aquel lujo exuberante de ter-  
ciopelos y blondas, la extraña variedad de los trajes,  
el aroma de las flores, la armonía halagadora de la  
orquesta, la galería iluminada, donde la luz de las  
bujías se reflejaba en el barnizado pavimento como  
en un espejo, las hermosas damas que cruzaban por  
aquel torrente de luz con ademán tranquilo y son-  
riente, todo aquello se le subía á la cabeza, produ-  
ciéndole sorpresa y admiración indecibles.

Algunas veces cerraba los ojos, como deslumbrado,  
contentándose con escuchar la lejana música, hasta  
que un nuevo rozamiento de seda se los hacía abrir  
apresuradamente; seguía con mirada de contento y  
de codicia á las parejas que se alejaban, y sentía opri-  
mírsele involuntariamente el corazón cuando des-  
aparecían por la puerta de la sala, donde un ujier,  
con cadena de plata, arrojaba sus nombres en medio  
de aquella ruidosa animación.

Operábase una singular elaboración en aquel cerebro infantil. Por una parte sentíase Lorenzo encantado y gozoso al ver aquella brillante concurrencia, y por otra, sufría en su amor propio, al verse completamente anulado en medio de aquella fiesta. Sentíase humillado al verse relegado á un rincón con los criados y los abrigos.

Los convidados que se rozaban con él al paso, no le consagraban más atención que á cualquiera de los taburetes del vestuario, ó si por acaso reparaban en él, salía aun peor librado. Una dama, en traje de gitana, cuya falda botón de oro había tropezado con el niño al cruzar por delante, se volvió con ademán exasperado, y dijo mal humorada:

—¿Cómo dejan entrar á ese chicuelo con los zapatos llenos de barro?

Lorenzo, rojo de vergüenza y mortificado, abandonó bruscamente su rincón y fué á ocultarse trás las cortinas de la ventana que daba á la plaza; pero el espectáculo del exterior formaba tan rudo contraste con los esplendores y maravillas de la fiesta, que el niño estuvo á punto de echarse á llorar.

La noche era lluviosa; un agua fria y menuda mojaba el empedrado de la plaza, y de trecho en trecho la vacilante luz de los reverberos, balanceados por el viento, se reflejaba en los charcos formados en los sitios más bajos del pavimento.

A intervalos, veíase salir por la puerta principal

del hotel algún carruaje que se alejaba entre la bruma, con los dos faroles encendidos.

Al otro lado de la plaza alzábanse las altas y sombrías fachadas de las casas, con sus negras ventanas, cuyas persianas, mal cerradas, eran agitadas por el viento con siniestro ruido.

Lorenzo se estremeció y sintió oprimírsele el corazón. Aquella plaza desierta, aquellas piedras cubiertas de lodo, aquellos tétricos edificios le representaban la realidad que le aguardaba cuando saliese de la prefectura. Tal vez dentro de un cuarto de hora habría concluido para él la fiesta; su tía le volvería á llevar á la mezquina casa de la calle de la Corona, y al día siguiente se encontraría en el prosáico obrador de costura con sus paredes adornadas de viejos figurines y grabados de modas. El día siguiente representaba para él el fastidio del colegio, los deberes que cumplir y las lecciones que aprender.

En todo esto pensaba mientras permanecía en la ventana, apoyada la frente en los frios cristales. El aspecto de la plaza le llenaba de tristeza, y al mismo tiempo una especie de respeto humano le clavaba detrás de las cortinas; no se atrevía á volver á presentarse en el vestuario, donde se le consideraba como intruso y se le había avergonzado delante de los criados.

Acababan de dar las once. Habían llegado todos los

convidados, y la camarista, aprovechándose de un momento de descanso, había salido á dar una vuelta por la repostería. Por su parte, la señorita Husson, recogiendo su dedal, hilos y agujas, disponíase á retirarse, cuando se dejó oír el rumor de una conversación en la gran antesala que separaba el vestuario del primero de los salones.

—Estoy segura, marqués—decía una voz femenina—de que vais á retrasaros y faltaremos al minué.

—Un minuto nada más, señora mía—replicaba una voz de hombre, cuyo sonoro timbre hizo experimentar á la costurera un súbito estremecimiento;— el tiempo estrictamente preciso para hacer que me cosan este guante... No conozco cosa más deplorable que un guante desgarrado.

Al mismo tiempo, el sujeto que acababa de pronunciar estas palabras, apareció á la entrada del vestuario

Era un hombre como de cuarenta años, alto, bien formado y que mostraba el rostro satisfecho, las maneras desenvueltas y la ingenuidad sonriente de un hombre alegre, á quien la suerte ha tratado siempre como á niño mimado. Llevaba traje de *refinado* de la época de Luis XIII. El chambergo gris y la gorguera bordada á punto de Venecia, servían de marco á una hermosa cabeza de rostro sonrosado, en el cual brillaban dos ojos negros, vivos y rasgados, que expresaban la alegría y la satisfacción de la vida. Sus

negros cabellos empezaban á exhibir algunas hebras plateadas; la nariz borbónica, de movibles ventanas, respiraba sensualidad, y bajo el fino bigote entreabríanse espontáneamente los risueños labios, para mostrar dos hileras de dientes blanquísimos y simétricamente alineados. Su capa corta de terciopelo gris, forrada de raso cereza, descansaba elegantemente sobre los anchos hombros, y su jubón, de la misma tela, modelaba perfectamente su esbelto y fornido talle.

La señorita Husson, ocupada en sus preparativos de marcha, estaba vuelta de espaldas á la entrada del vestuario, y reunía sus efectos en la meseta de la chimenea.

El recién llegado la tomó por una doncella, y desnudando la mano derecha, dijo adelantándose hacia la costurera:

—Hermosa niña, ¿tendríais la complacencia de dar una puntada á este guante, que tan inoportunamente acaba de romperse?

La joven se volvió lentamente hacia el interpelante, que se puso encarnado y dejó escapar una involuntaria exclamación de sorpresa.

—¡Ah!... Sofia!—balbuceó con débil acento, quitándose el sombrero, que arrojó sobre una silla.

La costurera, algo pálida, pero completamente tranquila en apariencia, apoyó un dedo en los labios, como para recomendar mayor reserva al inesperado

visitante, y abriendo enseguida su alfiletero y enbrando una aguja, contestó con frialdad:

—Buenas noches, señor de Rosieres, ¿teneis la bondad de darme ese guante de que hablais?

El marqués de Rosieres hacía visibles esfuerzos por reponerse de su turbación.

—¿Me habeis, pues, conocido bajo esta vestimenta? —exclamó con desenfado.—Estoy ridículamente ataviado, ¿no es verdad? Y este jubón me oprime de una manera horrible. ¡Ay! He engordado con exceso al mismo tiempo que han empezado á encanecer mis cabellos

Sofia movió la cabeza en sentido negativo.—No, señor de Rosieres...

Y al propio tiempo sus ojos, completando su pensamiento, se alzaron hacia el marqués, como preguntándole si podía decir otro tanto de ella.

El marqués pareció comprender el significado de aquella mirada timidamente interrogadora, porque contestó:

—Os conservais tan hermosa como siempre. Sofia; si bien ese vestido negro os da cierto aire de monja, y vuestras mejillas están un poco pálidas.

—¿Os parece eso?—dijo á media voz la costurera.—En tal caso hay que convenir en que los pesares no envejecen á las personas.

Retorcióse el marqués el bigote con ademán preocupado, y establecióse entre ambos un largo silen-

cio, durante el cual llegaban al vestuario, atenuados por la distancia, los acordes de la orquesta del baile.

—Hartas penas os he causado, ya lo sé,—dijo por fin M. de Rosieres con acento súbitamente conmovido.

—Lo sé, y muchas veces me lo echo en cara á mí mismo. Sin embargo, recordad que no ha dependido de mí el que las circunstancias no tomasen otro giro más favorable, y si vos hubiéseis querido...

—Hice lo que debía hacer—repuso Sofia Husson en voz baja—y no por eso os guardo rencor alguno, señor marqués... Pero, ¿á qué recordar esas cosas? Lo pasado, pasado.

—¡Sí, desgraciadamente!—dijo suspirando el marqués—Pero, de todos modos, debéis tener formado un triste concepto de mí... ¿Verdad que me creéis olvidadizo, ligero, egoísta?

—No, no,—contestó élla, moviendo la cabeza,—yo he sido más ligera que vos, mucho más, y justo es que sufra la pena.

—¿Y es esa una razón,—exclamó el marqués recordando sus maneras algo atolondradas—para que os arrebujéis en este deplorable traje negro?... ¡Ay, Sofia! ¿Dónde se han ido aquellos tiempos en que vestiais de blanco y en que bailábamos juntos en la fiesta de Saules?...

Sofia se ruborizó, y con un ademán le impuso rápidamente silencio, al mismo tiempo que con los ojos señalaba al niño que había salido de su escondite.

BIBLIOTHÈQUE DE MONTPELLIER  
 DÉPARTEMENTAL  
 1525 MONTPELLIER, MONTPELLIER

Lorenzo contemplaba sorprendido á aquel hermoso caballero, que tan familiarmente conversaba con su tía. Esta se volvió hacia él y le dijo:

—Prepárate, Lorenzo, porque vamos á marchar en seguida... Dadme el guante, señor marqués, y os le coseré en un momento.

M. de Rosieres estaba completamente embebido en la contemplación del niño, cuya presencia no había llamado su atención hasta aquel instante. Después de mirarle en silencio algunos minutos, volvió los ojos hacia la señorita Husson y murmuró en voz extrañamente alterada:

—¿Es él, no es cierto?

Sofía hizo un signo afirmativo.

—Dejadme darle un beso—continuó el marqués con acento de humilde ruego.

—Lorenzo—dijo la señorita Husson—ven á dar un abrazo á tu padrino.

El niño, sorprendido, se adelantó muy despacio, con los ojos bajos y deslizando tímidas miradas hacia aquel desconocido tan lujosamente ataviado, que le sonreía con ademán cariñoso. Cuando llegó cerca de M. de Rosieres, cogióle éste por la cintura y le retuvo un momento al nivel de su propio rostro, le contempló de hito en hito, y le aplicó dos fuertes besos en las mejillas. Sentóse después en una silla y, sin soltar á Lorenzo, le colocó entre ambas rodillas.

Aunque todavía muy acobardado, el niño no cabía en sí de gozo.

La cordial acogida de aquel espléndido personaje, que resultaba ser su padrino, había llegado muy oportunamente para restañar la herida abierta en su amor propio por el sofión de aquella dama del traje botón de oro. Si se hubiese atrevido, habría rozado voluptuosamente su rostro contra el terciopelo de los calzones de M. de Rosieres; pero se contentó con pasar suavemente la mano por los bordados de plata de la capa, y acercar la nariz á los encajes que exhalaban un suave perfume. Parecíale que le habían transportado á un país de hadas y se sonreía, abriendo desmesuradamente los ojos.

—¡Es precioso!—dijo M. de Rosieres, acariciando con la mano los cabellos del niño, y dirigiéndose á Sofía que con trémula mano cosía el desgarrón del guante.

Luego, volviendo á fijar sus ojos en Lorenzo, añadió:

—Ea, mírame bien, chiquitín; ¿te acuerdas de tu padrino?

Lorenzo clavó sus negros ojos en los del marqués y permaneció mudo, acobardado, sin atreverse siquiera á contestar sí ó no.

—Qué, ¿no te acuerdas de la casita de Beaulieu, y de cierta persona que iba montada en un caballo á llevarte juguetes?

—¡Ah! ¡sí, sí!—exclamó el niño, sintiendo ilumi-

narse de pronto sus recuerdos.—¡Ahora ya me acuerdo! Vos fuisteis quien me dió una vez un carcáx todo dorado, y además un arco, y además flechas... Aún lo tengo todo en mi casa... ¿Por qué no habeis vuelto desde que estamos en Jouvigny?

El marqués se quedó silencioso.

—¡Lorenzo!—dijo con tono severo la señorita Sofía, que había terminado el zurzido del guante y se le devolvía á su dueño.—Estás abusando .. y fastidias á M. de Rosieres. Ea, ven, que ya es hora de marchar.

—Un momento más—exclamó el marqués, reteniendo al niño.—¿Por qué marchar tan pronto? No solo no me cansa, sino que me complazco extraordinariamente en verle... Desearía que al menos este encuentro pudiera servirle de algo... ¿Qué podría yo hacer por él? Hablad, Sofía; no teneis más que decirme una palabra.

—Gracias, señor marqués,—contestó secamente la señorita Husson:—el niño por ahora no necesita nada.

—Bien sabeis—prosiguió el marqués con insistencia—cuánto hubiera deseado encargarme de su educación.

—Imposible!—dijo ella suspirando y volviendo á otro lado la cabeza;—el interés que pudiérais mostrar en favor suyo, sólo serviría para perjudicarnos á él y á mí.

—¡Siempre sereis la misma, Sofía!... orgullosa y obstinada.

—Hago lo que debo, y me coloco en el lugar que me corresponde.

El niño escuchaba sin comprender, y les miraba alternativamente con aire embobado. M. de Rosieres le tomó de pronto en sus brazos, le besó con fuerza, y luego dió un suspiro de melancólica resignación, y se levantó diciéndole:

—De todos modos, acuérdate, niño, de tu padrino, y si algún día te enojas aquí, óyelo bien, te vas á buscarme... Ya sabes... M. de Rosieres, en las Isletas... ¿te acordarás bien de esto?

—¡Oh! ¡ya lo creo!—exclamó entusiasmado Lorenzo.

Una brusca explosión de la orquesta anunciando el prelude de un nuevo número de baile, llegó hasta el vestuario; casi simultáneamente se oyó el crujir de una falda de seda, y la dama del traje botón de oro apareció en el marco de la puerta.

—Marqués—dijo con cierto tono de despecho—¿qué es eso? ¿Habeis olvidado que os estoy esperando?... Bien os decía yo que faltariamos al minué.

## II

El día siguiente al baile, la primera que se despertó en la casa de la plaza de la Corona, fué la mayor de las señoritas Husson, la señorita Constanza.